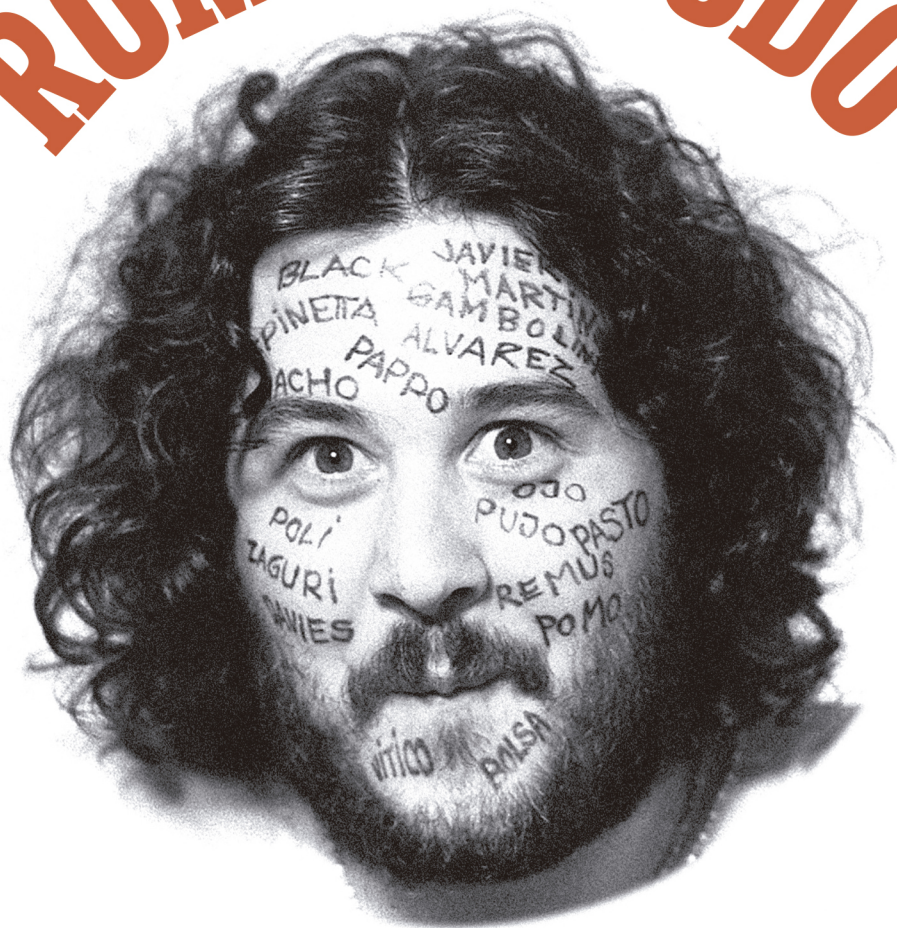


Billy Bond

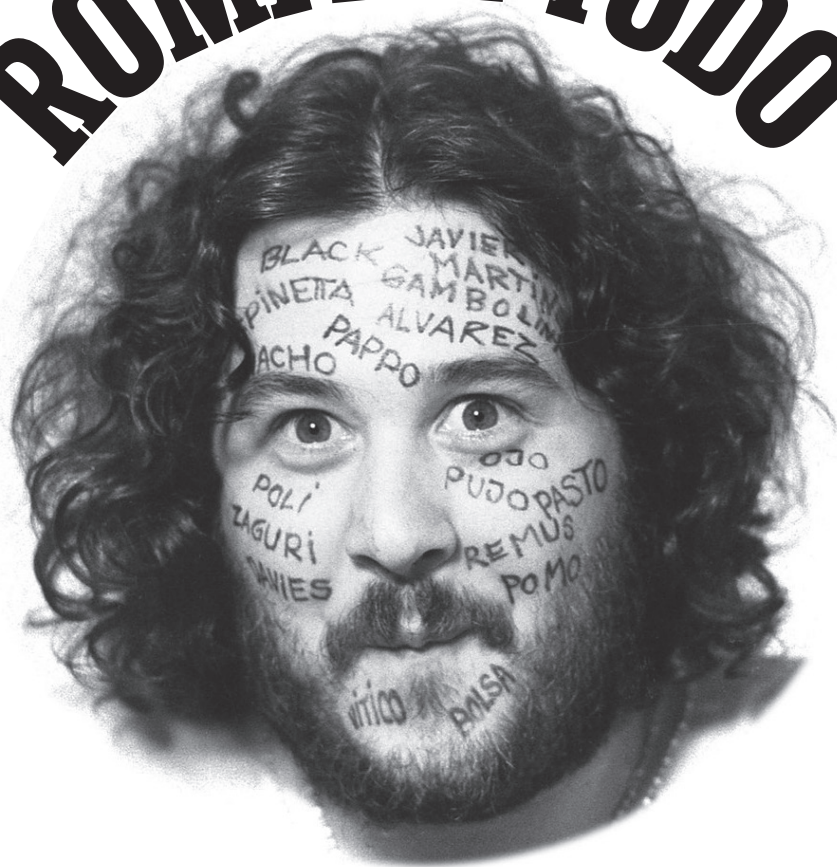
ROMPAN TODO



MEMORIAS REVUELTAS

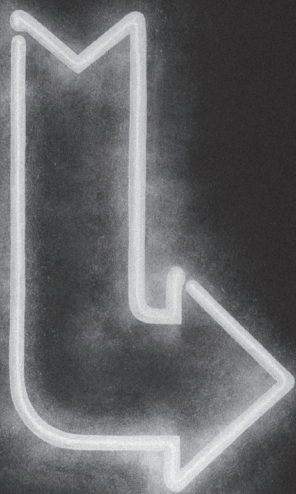
Billy Bond

ROMPAN TODO



MEMORIAS REVUELTAS

DESACATO



LA
IMPORTANCIA

DE

NO LLAMARSE
BOND

Happy Hour. Cocaína. Drogas. Chicas. Una festichola para terminar la tarde en la enorme oficina de director artístico que Beco Rota tiene en Odeón, con vista a la avenida Córdoba. También están ahí Juanito Belmonte con alguno de sus amiguitos y otros chicos. Belmonte es quien está ocupándose de darme manija en la radio y la televisión, ahora que pasé la prueba discográfica.

Alguien abre la puerta. Es un tipo de casi dos metros de altura, pelirrojo y con acento inglés.

Pausa.

Como un gato, Beco salta hacia atrás del escritorio y esconde las drogas... Después abraza al inglés efusivamente, como para que los demás podamos recomponernos.

Le dice:

—¡Qué bueno que llegó, míster presidente! Justamente acá estaba reunido con nuestro nuevo artista...

¿Quién era el nuevo artista?

Yo.

¿Y el inglés de dos metros?

El presidente de la compañía.

Beco quiere quedar bien con el inglés, que lo mira desde las nubes:

Le dice algo en inglés y luego:

—Vea, míster, necesito un favor suyo.

—Diga...

—Que nos ayude a encontrarle un nombre a este chico, a nuestro nuevo artista...

El inglés habla un poco inglés y otro poco español. Me examina entero con cara de entendido, como si me conociera.

—Bond.

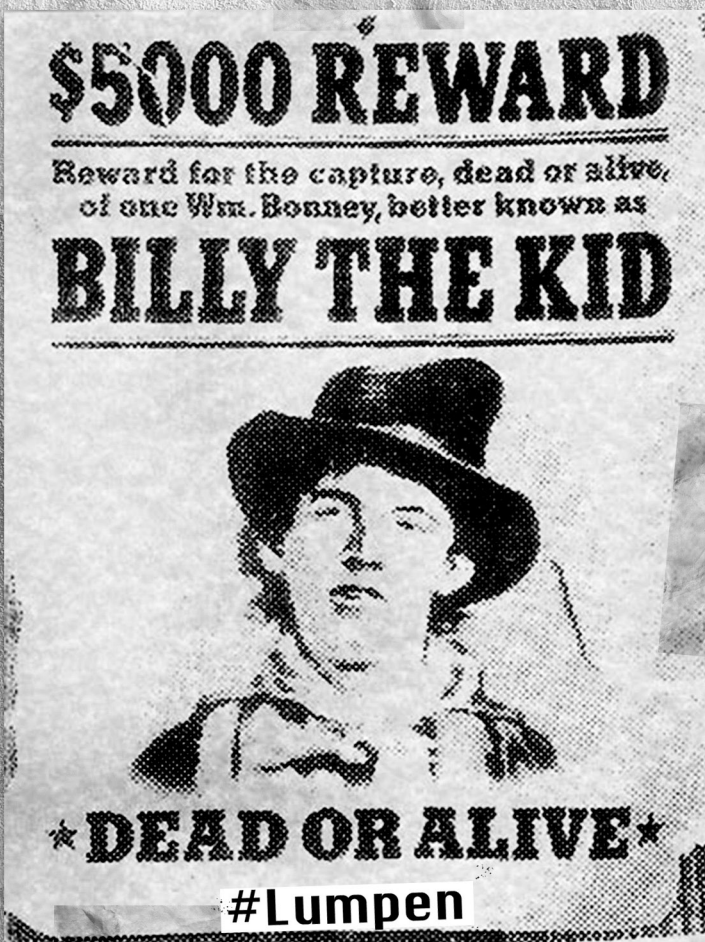
Dice "Bond", el inglés, y yo pensé que me estaba forreando. "Inglés de mierda", pienso, y le hago una sonrisa falsa. Beco y los demás celebran la ocurrencia. Todos festejan. "Dijo 'Bond'", celebran los chupamedias.

Pero no había terminado. Apenas después, inspirado:

—Bond. Billy Bond.

Y ahí empieza la película.

BILLY THE KID



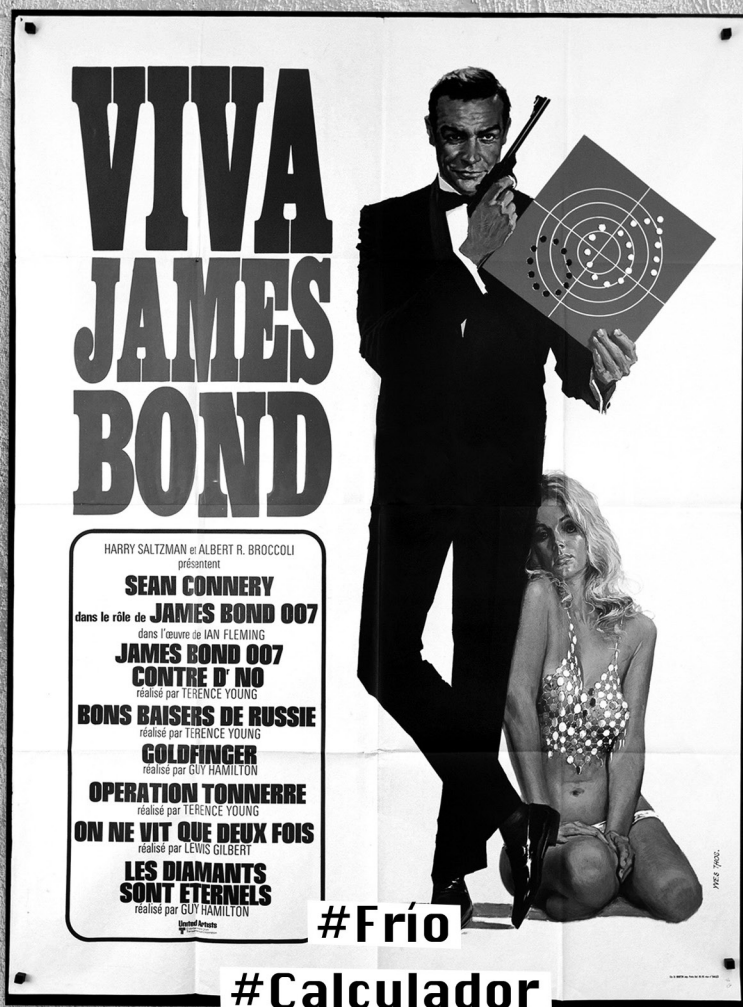
#Lumpen

#Marginal

#FueraDeLaLey

Un nombre por sí solo no es nada. Pero cuando queda envuelto en una personalidad es irremplazable. Es el artista el que le da peso al nombre y no al revés. Fuera de eso, mi vida nunca

JAMES BOND



tuvo nada que ver con la de estos personajes. Pero este nombre que el inglés pensó para mí nunca más pude sacármelo. Con el tiempo nos hicimos inseparables.

MADE IN ITALY (1944)

São Paulo, agosto de 2021:

Giuliano se llama el otro. El que nació en La Spezia, entre Génova y Livorno. Una ciudad lindísima en el Mediterráneo, con montañas y todo lo que se imaginen. En una casa vieja, al borde del mar, entre acantilados.

Giuliano, el hijo único de Raúl y Annunziata, muy jóvenes los dos. Un oficial de élite de la marina de Florencia, él, y una chica campesina, ella.

Giuliano solo puede recordar momentos, imágenes.

Dice de su abuelo que era un hombre muy flaco, flaquito, con un bigote y pelo blanco.

Mojaba el pan duro en la nieve con un poco de vino, porque otra comida no había.

Giuliano recuerda el pan mojado en la nieve, el vino, a su abuelo dándole pedazos de pan en la boca.

Nadie excepto él comía entonces en la casa de La Spezia.

Recuerda también que visitaba a su padre, preso por los americanos. A los soldados negros, que convidaban chocolate y les daban a los italianos un trato preferencial por sobre los alemanes. Porque el pueblo italiano, en el fondo de su corazón, nunca había querido entrar en esa guerra. Ese delirio idiota de Mussolini.

Recuerda que Raúl Canterini era oficial de la marina, una especie de kamikaze del agua. Que iban en barcos chiquitos, lanchas muy rápidas llenas de explosivos que les tiraban a los barcos antes de saltar al agua.

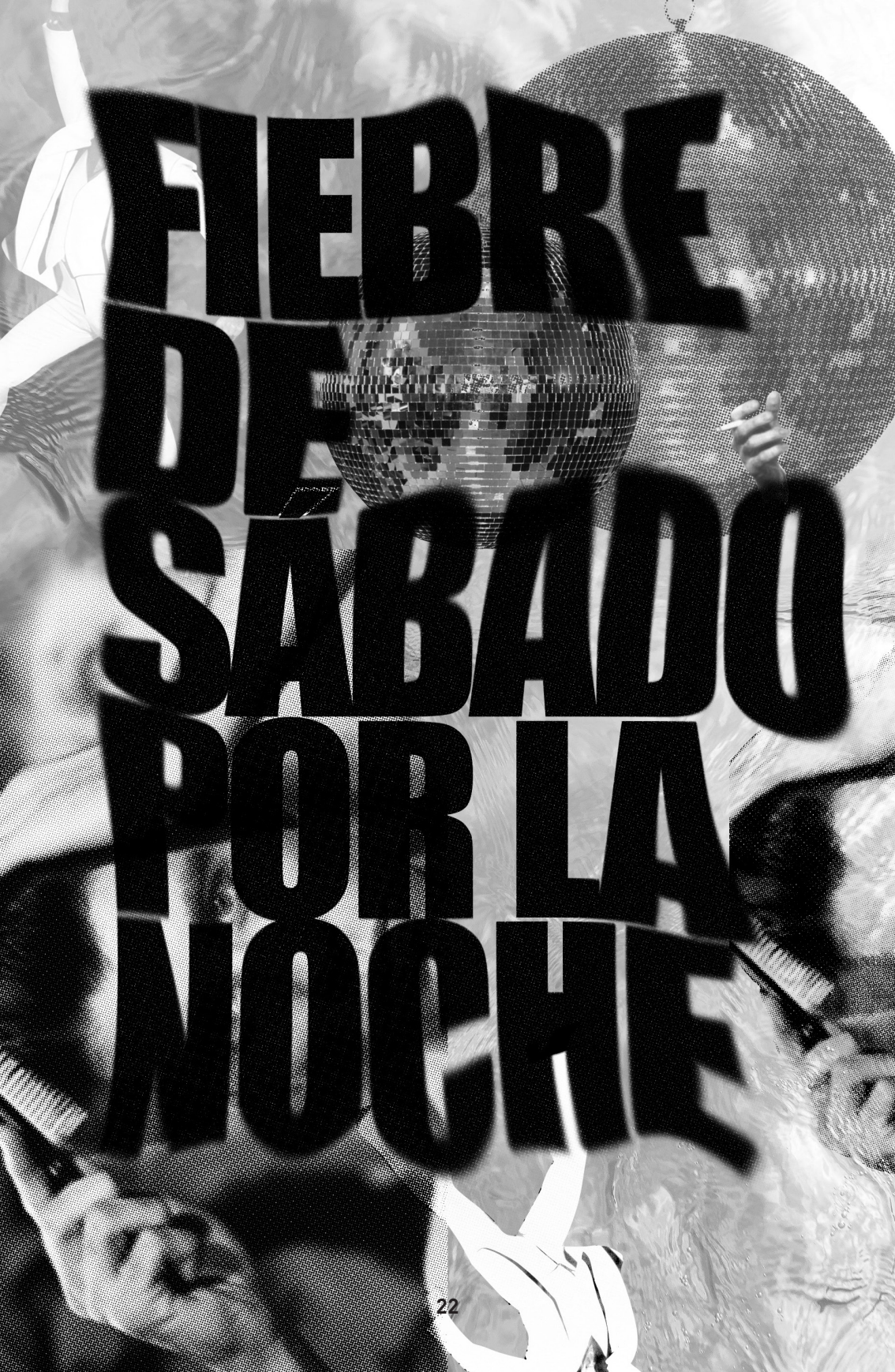
La última imagen que Giuliano tiene de Italia ya es en el barco que los trajo a los tres a Buenos Aires, cuando tenía cuatro o cinco años. ¿1949?

El barco era enorme, se llamaba ANA "C" y viajaron en tercera categoría. Llevaba con él una pelota de muchos colores que se le antoja con forma de globo, y que el viento arrebató de sus manos para empujar al mar.

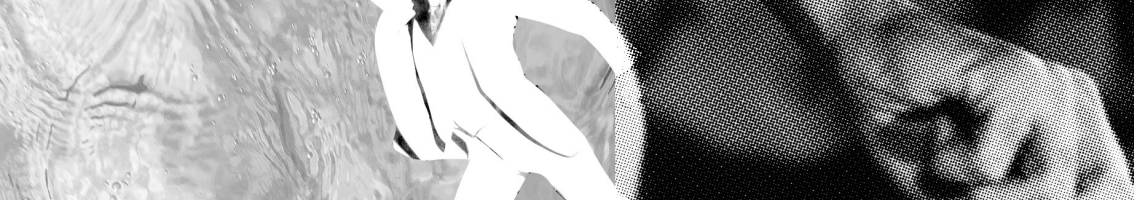
Eso es lo último que Giuliano recuerda de Italia. Se hizo de noche en la memoria.

Fin de la transmisión.

PD: Todo esto que escribí es impreciso. Pero es probable que sea real y no lo que quedó de un sueño. Porque soy escorpión y borro todo. En este recuerdo vive un sentimiento profundo por Italia, un amor que llevo por dentro. Como el que siento por Brasil, por el corazón de su gente. Pero soy porteño, de la cepa original. Tengo la ingenuidad y la rabia de los argentinos pero, a la vez, puedo pensar como un brasilero y un italiano, y ver las cosas desde afuera.



FIEBRE DE SABADO POR LA NOCHE



Todo pasó como en la película de Travolta. Todo pasó como en *Fiebre de sábado por la noche*.

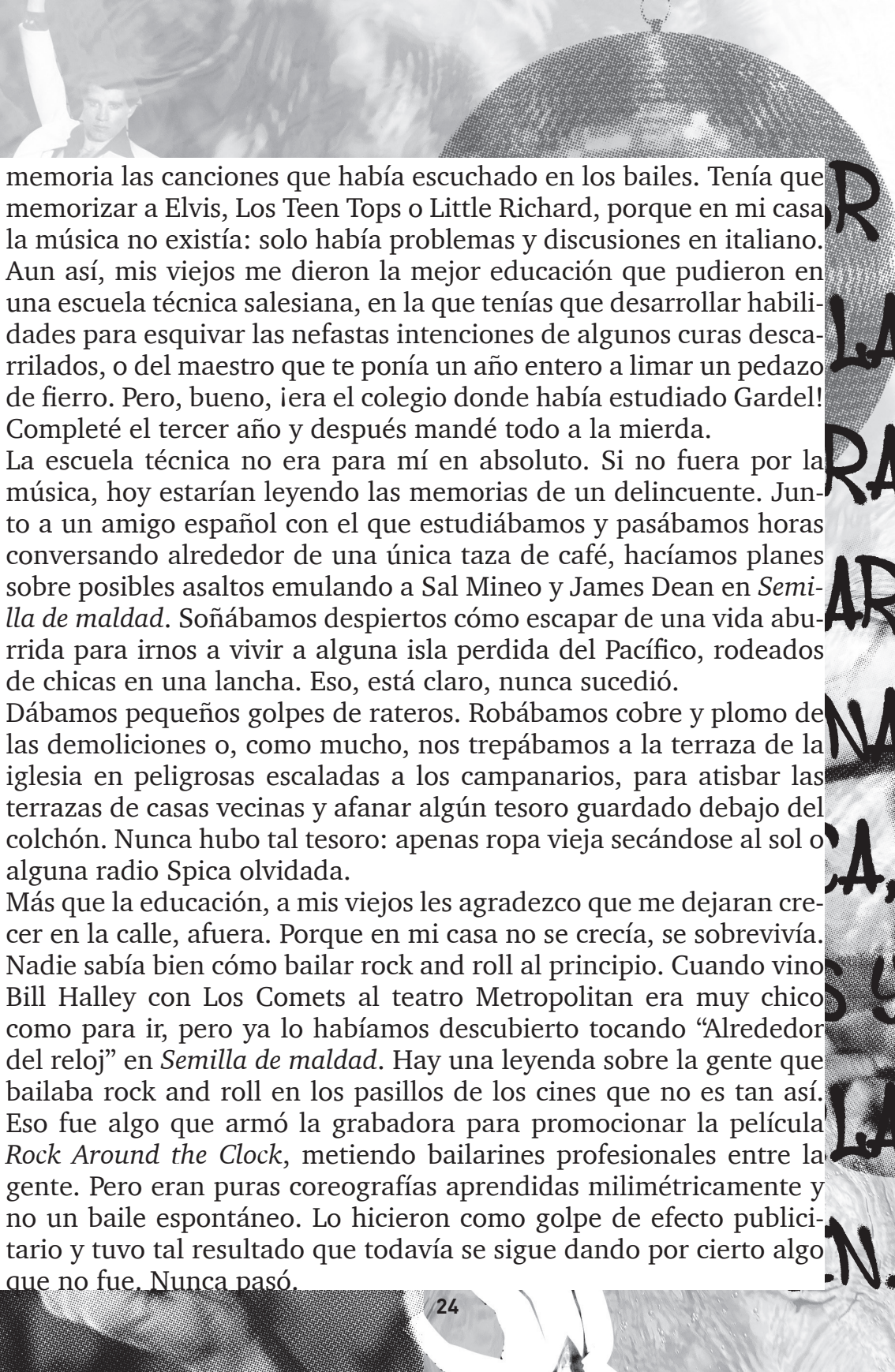
Te peinabas, te arreglabas y salías a bailar. Eso mismo.

Yo era un lindo pibe de aspecto italiano, europeo, vestido un poco en la onda de James Dean. Camiseta blanca arremangada y *jeans*. No había mucho más que eso, porque el secreto del *look* pasaba por el jopo. De contrabando (acá no llegaban) pude comprar unos auténticos vaqueros Lee. El que tenía unos Lee entonces se convertía en el rey del barrio; el rey de las bandas; el rey de la *troupe*.

Había dejado de ser Giuliano y todavía no era Billy, el rebelde. Me decían “Muñeco”, no tenía otro nombre entonces. Era como me conocían todos en una pizzería que estaba sobre la avenida Córdoba, apenas pasando Pueyrredón, donde ahora hay una plaza. Entonces eso era una especie de villa miseria, un enorme conventillo en cuya entrada estaba esta pizzería, en la que nos encontrábamos antes de ir a bailar, que era lo único que nos importaba. El dueño de esta pizzería era el tío de una novia mía llamada Margarita, que era una española rubia de ojos azules, el prototipo angelical de Hollywood: la mismísima Marilyn Monroe. Él fue el que, de un día para el otro, empezó a llamarme “Muñeco”, porque a los quince años era insoportablemente bonito: cara, ojos y pelo perfectos. No este monstruo horrible que escribe ahora.

Los Lee eran lavados sistemáticamente con cepillo de acero y jabón para que se gastaran y se parecieran a los de las películas. A los de James Dean en *Semilla de maldad* y *Al este del paraíso*, que se veían en los cines de barrio. Después a bailar rock and roll al Apolo y el Villa Malcolm, dos clubes sobre la avenida Córdoba.

Yo no tengo muy claro en qué barrio crecí, porque mi viejo consiguió un trabajo como portero para una constructora y nos íbamos moviendo según se inauguraban los nuevos edificios. Vivíamos en obra seis, siete meses, y después un año en departamento nuevo hasta que nos tocaba ir a otro. Casi todos esos edificios estaban en Barrio Norte, con lo cual aprendí a codearme con jovencitos de la clase alta, a pesar de que yo era un lumpen que andaba por la calle cantando de



memoria las canciones que había escuchado en los bailes. Tenía que memorizar a Elvis, Los Teen Tops o Little Richard, porque en mi casa la música no existía: solo había problemas y discusiones en italiano. Aun así, mis viejos me dieron la mejor educación que pudieron en una escuela técnica salesiana, en la que tenías que desarrollar habilidades para esquivar las nefastas intenciones de algunos curas descarriados, o del maestro que te ponía un año entero a limar un pedazo de fierro. Pero, bueno, ¡era el colegio donde había estudiado Gardel! Completé el tercer año y después mandé todo a la mierda.

La escuela técnica no era para mí en absoluto. Si no fuera por la música, hoy estarían leyendo las memorias de un delincuente. Junto a un amigo español con el que estudiábamos y pasábamos horas conversando alrededor de una única taza de café, hacíamos planes sobre posibles asaltos emulando a Sal Mineo y James Dean en *Semilla de maldad*. Soñábamos despiertos cómo escapar de una vida aburrida para irnos a vivir a alguna isla perdida del Pacífico, rodeados de chicas en una lancha. Eso, está claro, nunca sucedió.

Dábamos pequeños golpes de rateros. Robábamos cobre y plomo de las demoliciones o, como mucho, nos trepábamos a la terraza de la iglesia en peligrosas escaladas a los campanarios, para atisbar las terrazas de casas vecinas y afanar algún tesoro guardado debajo del colchón. Nunca hubo tal tesoro: apenas ropa vieja secándose al sol o alguna radio Spica olvidada.

Más que la educación, a mis viejos les agradezco que me dejaran crecer en la calle, afuera. Porque en mi casa no se crecía, se sobrevivía. Nadie sabía bien cómo bailar rock and roll al principio. Cuando vino Bill Halley con Los Comets al teatro Metropolitan era muy chico como para ir, pero ya lo habíamos descubierto tocando “Alrededor del reloj” en *Semilla de maldad*. Hay una leyenda sobre la gente que bailaba rock and roll en los pasillos de los cines que no es tan así. Eso fue algo que armó la grabadora para promocionar la película *Rock Around the Clock*, metiendo bailarines profesionales entre la gente. Pero eran puras coreografías aprendidas milimétricamente y no un baile espontáneo. Lo hicieron como golpe de efecto publicitario y tuvo tal resultado que todavía se sigue dando por cierto algo que no fue. Nunca pasó.

MUY PRONTO DESCUBRÍ
QUE SER ARTISTA ERA
LA MEJOR ALTERNATIVA
PARA NO TENER QUE
TRABAJAR EN UNA
FÁBRICA, PARA
LEVANTARSE
MÁS Y
PASARLA
MUY BIEN.

